

# La educación liberal; el único tratamiento contra *la maladie* espiritual

Luis Antonio Velasco Guzmán  
 Universidad Nacional Autónoma de México-Acatlán

## Resumen

La educación liberal; el único tratamiento contra *la maladie* espiritual. Reflexiones marginales a la luz de la filosofía de la educación. El propósito de este ensayo es conducir al lector, a través de las paradojas de la educación contemporánea. A lo largo de todo el documento define su postura acerca de las artes liberales, y de la educación liberada. Hace una relación entre un saber hacer, el saber escribir, leer y argumentar y contra-argumentar con la cultura y la educación liberal. A lo largo de todo el escrito nos lleva con delicadeza a tocar otros temas como la política y la democracia, a través de pensadores universales como Platón, Kant, Hegel y otros. El autor hace una defensa de la palabra escrita y por lo tanto de los libros con una visión ecologista y dialéctica, y esta es una oportunidad como él lo plantea de escuchar la conversación a través de lo que escriben los autores, considerados grandes pensadores como una alternativa contra *la maladie* espiritual. Finalmente hay que reconocer en el documento una crítica a la educación contemporánea, a las políticas gubernamentales e instituciones educativas supeditadas a una economía nacional encadenada a determinantes externos que más que favorecer el desarrollo de los seres humanos, impiden el perfeccionamiento y una alternativa para alcanzar la belleza y la felicidad.

## Abstract

### The liberal education; The only treatment for the spirit sick

The liberal education; the only treatment against the spiritual *maladie*. Meditate marginal by the light of the philosophy of the education.

The purpose of this rehearsal is to drive to the reader, through the paradoxes of the contemporary education. Along the whole document it defines their posture about the liberal arts, and of the liberated education. He makes a relationship among a knowledge to make, the knowledge to write, to read and to argue and to against-argue with the culture and liberal education. Along the whole writing it takes us with fineness to play other topics as the politics and the democracy, through universal thinkers as Platon, Kant, Hegel and others. The author makes a defense of the written word and therefore of the books with an environmentalist and dialectical vision, and this it is an opportunity as him it outlines it of listening the conversation through what you write the authors, considered big thinkers like an alternative against the spiritual *maladie*. Finally it is necessary to recognize in the document a critic to the contemporary education, to the political ones government and educational institutions subordinated to a national economy chained to decisive external that more than to favor the development of the human beings, they impede the improvement and an alternative to reach the beauty and the happiness.

## Introducción

Las artes liberales son las resultas medievales del ideal clásico griego de la educación. El estudio y la enseñanza de las artes liberales son las que dieron origen a las primeras universidades del mundo y a la subsecuente homogeneización de tales agrupaciones en la Ilustración. En cuanto *artes*, las artes liberales eran evidentemente un *saber hacer* y denotaban un saber práctico: el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) era estudiado para saber escribir, leer, argumentar y contraargumentar en litigios en los que se esperaba ganar o no perder algo; el *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) se estudiaba para saber la cantidad de riqueza y las extensiones de tierra acumuladas, las rutas comerciales mediante la navegación y, por último, el conocimiento del ritmo y la armonía derivado del estudio de tales artes. Las artes liberales liberaban al espíritu humano de las supersticiones arraigadas por siglos de tradición y costumbres, así como de la ignorancia imperante respecto del conocimiento de las causas últimas de las cosas. Con las artes liberales, además de obtener un saber práctico (en el sentido de saber cómo se realizan las operaciones aritméticas o cómo se puede persuadir a un hombre con un tipo específico de carácter) se obtiene, sobre todo, tiempo de estudio para uno mismo --siguiéndose así, la máxima délfica: *conócete a tí mismo*.

El propósito fundamental de las siguientes líneas consiste en darle al lector un pretexto para considerar la naturaleza de la educación humana desde la perspectiva de la educación liberal en tiempos en que la liberación del espíritu ya no representa ningún problema.

La educación liberal consiste en educar en la cultura o para la cultura. El producto final de una educación

liberal es un ser humano cultivado. *Cultura* (cultura) alude en su primera acepción a la agricultura: al cultivo de la tierra y de sus productos, al cuidado de la tierra, al enriquecimiento de la tierra de acuerdo con su propia naturaleza. Actual y derivativamente "cultura" significa básicamente el cultivo del espíritu, y hace referencia al cuidado y al perfeccionamiento de las facultades burdas del alma en concordancia con la naturaleza misma del alma o la mente. Pero tal como el suelo requiere de cultivadores, el alma requiere de maestros. Sin embargo, es mucho más complejo llegar a ser maestro que agricultor. Los maestros, además de ser maestros, son a su vez pupilos y siempre tienen que ser pupilos, esto es, jamás deben dejar de "aprender cosas", y aunque lo parezca a simple vista, en esta afirmación no se está señalando un retroceso al infinito, puesto que en algún momento de la historia llegan a aparecer maestros que a su vez no son pupilos. Éstos, son las grandes mentes de todas las épocas, o dicho en forma menos ambigua: los maestros que no necesitan a su vez de maestro alguno son las mentes más grandes. Tales hombres son extremadamente raros (existen épocas en las que tales hombres excepcionales se contarían con los dedos de las manos de dos vecinos). Difícilmente encontraríamos a uno de ellos en algún salón de clase; ni tampoco sería muy sencillo encontrar a uno de ellos en cualquier lugar (como un mercado, un transporte público, un teatro o un estadio, etc). Encontrar a uno de ellos vivo en nuestra época podría considerarse como un momento de muy buena suerte, y no obstante, lo más maravilloso de nuestra situación es que, para todo propósito práctico, todos los alumnos (y en cierto sentido, todos podemos serlo), considerando las diferencias específicas de cada caso, su grado de aplicación, etc, sin

excepción, tienen acceso a los maestros que no requieren maestros, a las más grandes mentes, únicamente a través de los grandes libros. Así, la educación liberal consistirá en estudiar con el debido cuidado los grandes libros que las grandes mentes han dejado tras de sí un estudio en que los pupilos más experimentados asisten a los menos experimentados, incluyendo a los principiantes.

Debo señalar aquí que, muy al contrario del modo como he sugerido que se considere la fórmula que he mencionado recientemente, ésta no es una labor fácil. Tal fórmula requiere de un comentario un tanto extenso. Muchas vidas han sido vividas y probablemente muchas más serán gastadas en escribir tales comentarios. Por ejemplo, ¿qué se quiere decir cuando se enuncia que los grandes libros deben ser estudiados "con el cuidado debido"? En este momento, sólo menciono una dificultad que es obvia a cada uno de nosotros: las más grandes mentes no nos dicen las mismas cosas respecto de los temas más importantes; la comunidad de las más grandes mentes está desgarrada por la discordia y, más aún, por diferentes tipos de discordias. Cualquier consecuencia subsecuente que se desprenda de esta consideración debe tomar en cuenta que la educación liberal no puede —ni debe— ser simple indoctrinación. Ahora, mencionaré otra dificultad: Cuando decimos que "la educación liberal consiste en la educación en la cultura", muy bien podríamos preguntarnos ¿en qué cultura? Nuestra respuesta sería: cultura en el sentido de la tradición Occidental, pero aún así, la cultura Occidental es tan sólo una entre muchas otras culturas. ¿Qué no acaso, al limitarnos a nosotros mismos a la cultura de Occidente, no es tanto como condenar a la educación liberal a un tipo de parroquialismo o estrechez de miras, y qué no es el parroquialismo (o la intolerancia)

incompatible con el liberalismo, la generosidad, la apertura de criterio adscrita necesariamente como propiedades de la educación liberal? Parece que nuestra noción de educación liberal no ha llegado a la edad en que estuviera conciente del hecho de que ahí no está la cultura de la mente humana, sino de una variedad de culturas. Obviamente, si el término cultura es susceptible de ser usado en el plural no es por mucho la misma cosa que la cultura que es un *singulare tantum*, que puede ser usado únicamente en el singular. La cultura ya no puede ser, como la gente dice, un absoluto, pero en este cambio ha llegado a ser relativa. No es fácil decir el significado de a lo que alude el término cultura cuando se emplea en el plural y como consecuencia de esta obscuridad la gente ha llegado a pensar, explícita o implícitamente, que la cultura es cualquier modelo de conducta común a algún grupo humano; de esta manera, es que no vacilamos al hablar abiertamente de la cultura de un suburbio o de las culturas de las bandas juveniles, tanto no delincuentes como delictivas. En otras palabras, cualquier ser humano fuera de los nosocomios es un ser humano cultivado (culturizado), puesto que participa en una cultura (en las fronteras de nuestra investigación, permanece la pregunta de si no existen las culturas entre los compañeros internos de dichos asilos). Si contrastamos el uso cotidiano del término "cultura" con su significado original, tendríamos que aceptar la imagen en que la cultivación de un jardín consistiera en ponerlo en desorden con botes de hojalata vacíos y botellas de tequila o whiskey (según sea la cultura) y papeles re-ciclados de varios tipos arrojados alrededor del jardín y en su base. Habiendo llegado a este punto, nos percatamos de que hemos perdido el rumbo, así que hagamos una parada para refrescarnos y empe-

zar proponiendo una nueva pregunta: ¿qué significa la educación liberal aquí y ahora?

La educación liberal es la educación literada de alguna cierta clase: algún tipo de educación por las letras o a través de las letras. No es necesario hacer un alto en la alfabetización; cada votante sabe que la democracia moderna se erige o se derrumba por la alfabetización. Para entender esto es necesario reflexionar brevemente sobre la democracia moderna. ¿Qué es ella? Una vez se dijo que la democracia es el régimen que se sostiene o se desploma por la virtud (Montesquieu); una democracia es un régimen en que todos los adultos o la mayoría de ellos son hombres de virtud, y en la medida en que la virtud parece requerir de sabiduría (por lo menos, de cierta sabiduría —práctica—), es un régimen en que todos sus adultos o la gran parte de ellos son virtuosos y sabios, i.e., se está hablando de una sociedad en la que todos o la mayoría de sus adultos han desarrollado su razón a tan alto grado que podría denominarse —también— la sociedad racional. En una palabra, la democracia parece ser una aristocracia que ha devenido al exterior en una aristocracia universal (por el uso de la razón: Kant, Hegel). Antes de la emergencia de la democracia moderna surgen algunas dudas respecto de si una democracia así entendida es posible. Tal como uno de los dos más grandes teóricos de la democracia lo asentó al señalar: "si existiera un pueblo cuyos individuos fueran dioses, éste se gobernaría a sí mismo democráticamente. Un gobierno de tal perfección no es propio de los seres humanos". Esta pequeña y difusa voz se ha convertido el día de hoy en el magnavoz más poderoso jamás antes escuchado.

Con todo, existe una ciencia —la que yo, entre miles, profesamos que podemos aprender, i.e., la ciencia

política— que para ser claros, no tiene otro tema de estudio, que el contraste entre la concepción original de democracia (postura "teórica" [p.e., toda la escuela clásica de la filosofía política]) y la democracia tal como es (postura "realista" [p.e., Machiavelli y sus herederos]). De acuerdo con una postura extrema, que es la postura predominante en la profesión, el ideal de democracia resultaba ser una fuerte desilusión, y la única cosa que realmente importa es la conducta de las democracias y la conducta de los hombres en las democracias. La democracia moderna, lejos de ser una aristocracia universal, sería un regla de masas a no ser por el hecho de que las masas no pueden gobernar(se), sino que son regidas por élites, esto es, por grupos de hombres quienes por cualquier razón están o quedaron a la cabeza o tienen la feliz oportunidad de llegar a ella; una de las virtudes más importantes requeridas para el trabajo ligero de la democracia, en la medida en que las masas estarían conformando tal régimen, es la llamada apatía electoral, es decir, la carencia del espíritu público; no de hecho la sal de la tierra, sino la sal de la democracia moderna son aquellos ciudadanos que no leen nada con excepción de la página deportiva y la sección de comics de los "diarios". La democracia es, de este modo, no el régimen de las masas, sino la cultura de las masas. Una cultura de masas es una cultura que puede ser apropiada por las capacidades más medianas sin ningún esfuerzo intelectual ni moral cualquiera y a un costo monetario muy bajo, pero aún una cultura de masas —y precisamente una cultura de este tipo— necesita un abastecimiento constante de lo que son llamadas "nuevas ideas", las cuales son los productos de lo que se denominan mentes creativas: aun los comerciales musicales pierden su magia si no se modifican o cambian de tiempo

en tiempo. No obstante, la democracia, aún si se considera solamente como el caparazón que protege la suavidad o debilidad de la cultura de masas, necesita en su camino cualidades de una clase enteramente diferente: cualidades de dedicación, de concentración, de profundización y de extensión.

Así es como entendemos más fácilmente lo que significa aquí y ahora la educación liberal. La educación liberal es el antídoto contra la cultura de masas, contra los efectos corrosivos de la cultura de masas, contra su tendencia inherente a producir más que "especialistas sin espíritu o visión y voluptuosos sin corazón". La educación liberal es la vereda por la que posiblemente se podría ascender de una democracia de masas hacia la democracia tal como fue concebida originalmente. La educación liberal es la labor necesaria que trata de fundar una aristocracia dentro de una sociedad de masas democrática. La educación liberal nos debe recordar a esos miembros de una democracia de masas que tienen oídos para escuchar acerca de la grandeza humana.

Alguien podría objetar que esta noción de educación liberal es meramente política, que ella asume dogmáticamente la bondad de la democracia moderna. ¿No podemos darle la espalda a la sociedad moderna? ¿No nos está permitido regresar a la naturaleza, a la vida de las tribus pre-literadas? ¿No estamos hartos, nauseabundos y degradados por la enorme masa de material impreso, tumba de tantos y tan bellos bosques de nuestro perjudicado ecosistema? No es suficiente con decir que estas objeciones están fundadas en mero romanticismo, que hoy no podemos volver a la naturaleza: ¿será posible que las generaciones venideras, después de un cataclismo fundado en el quehacer del hombre, sea él mismo obligado a vivir en tribus iletradas?

Lo cierto es que los horrores a los que nos han conducido los progresos de una cultura de masas letradas nos conducen a buscar acomodo en un regreso a la naturaleza. Una sociedad iletrada o analfabeta en su mejor posibilidad es una sociedad gobernada por las costumbres ancestrales dirigidas por los integrantes más viejos de dicha sociedad, costumbres que encuentran su origen en sus fundadores, dioses, o hijos de dioses o pupilos de dioses; en la medida en que no hay letras en tales sociedades sus herederos posteriores no pueden estar en contacto directo con los fundadores; ellos no pueden saber si sus padres o sus abuelos se desviaron en algún momento del sentido original de los fundadores de tal comunidad, o si no han malentendido el mensaje divino por adiciones o sustracciones meramente humanas; de aquí que una sociedad analfabeta no pueda actuar consistentemente sobre su principio de que lo mejor es lo más antiguo. De este modo, sólo las letras que han llegado de los fundadores pueden hacer posible que ellos les hablen directamente a los últimos de sus herederos; así, resulta autocontradictorio el deseo de regresar a la ileteralidad. Estamos determinados a vivir con libros, pero la vida es muy breve como para vivir con cualquiera de ellos, más bien debemos esforzarnos por vivir con los mejores de ellos. ¿Quién nos puede decir cuáles libros son los mejores? Debemos buscar mediadores (entre un gran pensador y su criterio para decidir cuál es el mejor libro y nosotros). Sócrates nunca escribió libros, pero él leyó libros. Permítaseme citar una afirmación de Sócrates que dice casi todo lo que debe decirse sobre este tema con la noble sencillez y la impasible grandeza de los antiguos. "Tal como otros se deleitan al poseer un buen caballo, o un buen perro o una buena ave, yo por mi parte me complazco a una nivel más elevado a

través de los buenos amigos... Y los tesoros de los hombres sabios de la antigüedad que nos legaron al escribirlos en libros, yo los diviso y voy tras de ellos en compañía de mis amigos, y si sucede que vemos algo bueno, nos lo apropiamos y lo consideramos como un hermoso don si con él llegamos a ser útiles entre nosotros". El hombre que reporta esta situación añade la consideración: "Cuando escuché esto, me pareció tanto que Sócrates se complacía (o estaba endiosado) y como que conducía tal conversación hacia la perfecta buena educación".

La educación que conduce a la perfecta relación civilizada, a la excelencia humana, la educación liberal, consiste en recordarnos a nosotros mismos de la excelencia humana, de la grandeza humana y de su posibilidad. ¿En qué sentido y por cuáles medios la educación liberal nos recordará a la grandeza humana? Hemos escuchado la sugerencia de Platón de que la educación en su sentido más elevado es la filosofía. La filosofía es la búsqueda de la sabiduría o la búsqueda del conocimiento considerado como lo más importante, lo más elevado, o la cosa más abarcadora; tal conocimiento, sugiere, es la virtud y es la felicidad. Pero como lo señalamos anteriormente, la sabiduría es inaccesible al hombre, por lo que la virtud y la felicidad siempre serán imperfectas. Debido a esto, el filósofo, quien, en cuanto que tal, no es simplemente sabio, lo declara Platón como que es el único rey verdadero; declara que es el poseedor de todas las excelencias de las que la mente del hombre es capaz de detentar al más alto grado. De aquí que debamos concluir que no podemos ser filósofos, que no podemos adquirir la forma más elevada de educación. Tampoco tenemos que desencantarnos por el hecho de que conozcamos mucha gente que dice que es filósofo o filósofa, pues toda

esa gente emplea una expresión amplia que alude a una necesidad por conveniencia administrativa. Con esa expresión quieren señalar usualmente que pertenecen a un departamento de filosofía, y por supuesto es tan absurdo esperar que todos los que pertenecen a un departamento de filosofía sean filósofos, cuanto como esperar que los miembros de los departamentos de arte sean artistas. Y aunque no podamos ser filósofos, podemos amar a la filosofía; podemos intentar filosofar. Este filosofar consistirá, en primer lugar, en escuchar la conversación entre los grandes filósofos o, más general y cuidadosamente, entre las más grandes mentes, y por lo tanto, en estudiar los mejores libros. Por supuesto, es una lástima —por otro lado— que los libros que debemos estudiar sean tan sólo los de la tradición Occidental, ya que no podemos escuchar qué nos pueden decir los textos de las más grandes mentes de India ni de China, no entendemos sus idiomas, y nuestras limitaciones nos impiden aprender todas las lenguas.

Repitiendo: la educación liberal consiste en escuchar la conversación entre las más grandes mentes, aunque aquí salta a la vista el problema que consiste en que esta conversación no puede llevarse a cabo sin nuestra ayuda; esto es, tal conversación no se realiza sin nuestro esfuerzo. Las grandes mentes urden monólogos. Nosotros debemos transformar sus monólogos en diálogos, *su lado a lado* en un *juntos*. Las grandes mentes llevan a cabo monólogos aún cuando escriben diálogos. Cuando observamos los diálogos platónicos, nos percatamos de que nunca hay una conversación entre mentes del más alto orden, todos los diálogos platónicos son diálogos entre un hombre superior y

otro hombre inferior a aquél. Aparentemente, Platón sugiere que no se podría escribir un diálogo entre dos hombres del más alto nivel y de este modo, tendríamos que hacer algo nosotros (en tanto lectores y escuchas) que las más grandes mentes son incapaces de hacer. Afrontemos esta dificultad; dificultad tan grande que parece condenar a la educación liberal a un absurdo absoluto. En la medida en que las más grandes mentes se contradicen unas a otras respecto de las materias más importantes, ellos nos compelen a juzgar sus monólogos; no podemos aceptar en un acto de fe lo que cualquiera de ellos dice, pero, por otro lado, no podemos sino notar, que no somos competentes para ser jueces.

Este estado de cosas está encubierto para nosotros por un elevado número de desilusiones congruentes. Creemos que nuestro punto de vista es superior, más elevado, que el de las más grandes mentes, sencillamente porque suponemos que nuestro punto de vista es el punto de vista de nuestro tiempo, y éste, a su vez, superior que el de sus tiempos (herencia del positivismo-historicismo): creemos que somos, o podemos ser, más sabios que los hombres más sabios del pasado (y fundamos esta convicción en las ideas modernas de progreso y tecnología). Somos inducidos a personificar en *la conversación* que, por cierto, ya no puede ser más conversación, no al auditor dócil y atento, sino a los administradores de la obra de teatro montada o a los domadores de leones. Aún así, debemos enfrentar nuestra dolorosa situación, creada por la necesidad de intentar ser escuchas más dóciles y atentos, literalmente, jueces, y, no obstante, no ser competentes en la acción de juzgar. Tal

como todo esto se me aparece, la causa de esta situación (tan deficiente para la posibilidad de la educación) consiste en que hemos perdido todas las tradiciones básicamente autoritativas en las que podíamos confiar, el *nomos* que nos ofrecía una guía de autoridad, porque nuestros maestros inmediatos y los maestros de nuestros maestros creyeron en la posibilidad de una sociedad meramente racional. Cada uno de los hombres y mujeres contemporáneas, creemos que estamos compelidos a encontrar nuestros caminos por nuestros propios poderes y facultades, no obstante tan defectuosos y deficientes como puedan llegar a ser.

La educación liberal, que consiste en el intercurso constante con las más grandes mentes, es un entrenamiento en la forma más elevada de la modestia, y ni qué decir de la humildad. Es, a su vez, un entrenamiento en la sagacidad demanda de nosotros una ruptura completa del ruido, de lo efímero, de la vacuidad de pensamiento, de la vulgaridad de la *Vanity Fair* tanto de los intelectuales como de sus enemigos. Demanda de nosotros la inteligencia implicada en la resolución con respecto de los puntos de vista comúnmente aceptados como meras opiniones, o con respecto a las opiniones comunes como opiniones extremas las cuales son, finalmente, tan parecidas al error como las opiniones populares más extrañas o alejadas. La educación liberal consiste en la liberación de la vulgaridad. Los griegos tenían una hermosa palabra para designar "vulgaridad"; la llamaban *apeirokalia*, carencia de experiencia en las cosas bellas. La educación liberal nos provee de la experiencia en las cosas bellas y nobles, experiencia que cancela *eo ipso* cualquier *maladie* espiritual.